¿SERÉ INCASABLE?

MONÓLOGO

ESCRITO POR

GABRIEL M.ª VERGARA

GUADALAJARA
IMPRENTA DE ANTERO CONCHA
Plaza de San Esteban (Correos), núm. 2

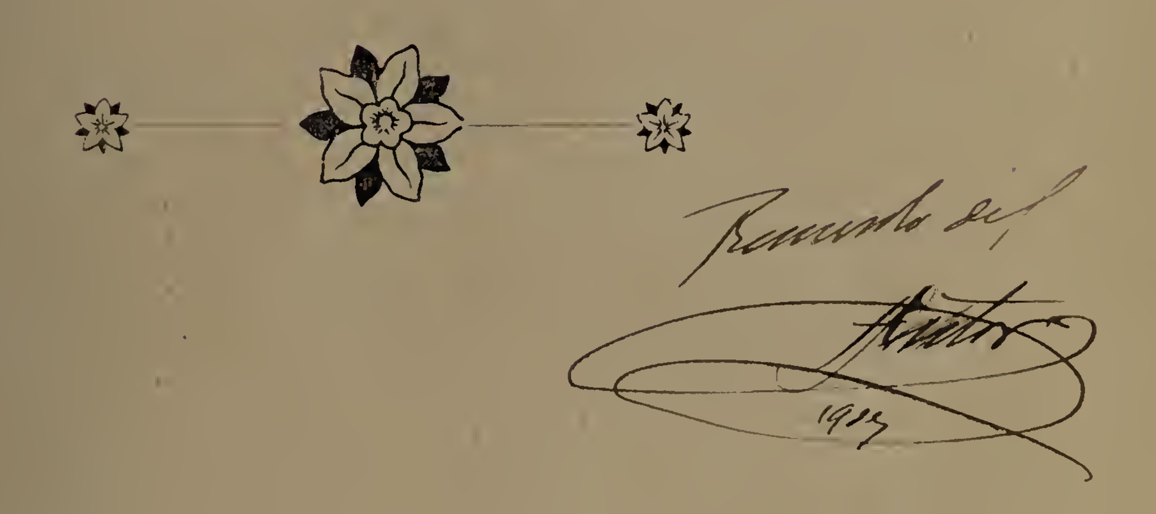
1904

¿SERÉ INCASABLE?

MONÓLOGO

ESCRITO POR

GABRIEL M.ª VERGARA



GUADALAJARA
IMPRENTA DE ANTERO CONCHA
Plaza de San Esteban (Correos), núm. 2

1904

ADVERTENCIA

El autor confía en que el buen gusto artístico de la actriz que se encargue de representar este *monólogo* aplicará en cada una de sus situaciones la acción y ademanes más adecuados, para que sea mejor el efecto escénico.



¿SERÉ INCASABLE?

MONÓLOGO

Mamá dice que ya me va llamando la Iglesia, pero ó soy sorda ó no entiendo el lenguaje eclesiástico; porque por más que escucho, solo oigo de vez en cuando á mi madre que exclama:—Pepita, me parece que el vecino de al lado te mira más de lo regular; no te asomes al balcón sin peinarte y ponerte otro traje; porque aunque ese señor representa más años que tú, es una buena proporción; y en efecto, el tal vecino podría ser mi abuelo; y no es esto lo peor, sino que es bizco, y aunque mamá cree que me mira á mí, á quien mira él es á Mariquita, mi antigua compañera de colegio, que vive en el otro piso; pero que no le hace maldito el caso, porque á ella

quien le gusta es Arturito, un muchacho que no tiene ocupación conocida, pero que tendrá algún modo de vivir, porque lo que es sin comer ni Papuus se mantiene; y vean ustedes lo que son las cosas, me agradan esos hombres que no tienen que estar sujetos todos los días á un empleo, á una tarea reglamentaria, á un cargo que hay que desempeñar á las mismas horas; éstos más que hombres parecen máquinas perfeccionadas, seres automáticos que se mueven á impulso del que los paga.

Yo no viviría feliz con un marido que estuviera constantemente despachando expedientes, que se hallara sujeto detrás de un mostrador ó que viviera pensando en cosas parecidas; solo querré á un hombre que únicamente piense en mí. Pero, ¿en dónde se encuentra? Hé aquí lo difícil. Los que no tienen nada en que pensar, según mamá, solo buscan para esposas mujeres que posean un gran capital ó que sean hijas de personajes influyentes, para que sus papás políticos les proporcionen cargos de poco ó ningún trabajo muy remunerados, comisiones con pingües dietas

ó destinos de esos que consisten en firmar la nómina á primeros de mes; pero yo no tengo más capital que mis manos, ni mi padre puede facilitar empleos de esos de que disponen los hombres influyentes como de cosa propia; de modo, que el que me quiera tiene que ser exclusivamente por mi lindo palmito, y él es el que ha de contar con medios bastantes para que los dos vivamos con las comodidades y ocupando la posición que corresponde en sociedad á la hija de un funcionario público; porque aquello de contigo pan y cebolla, ya no se ve puesto en práctica más que en las novelas por entregas.

Algunas veces he reflexionado acerca de lo que me gustaría que fuese mi marido: cuando veo un militar, no puedo remediarlo, pero confieso con franqueza que me agradaría ser militara; muchas noches he soñado que era tenienta, porque la carrera de las armas hay que empezarla por el último grado de la escala, según dice la Ley constitutiva del Ejército, y que mi marido se distinguía entre los demás, ascendía rápidamente, le otorgaban cruces

por méritos de guerra y en poco tiempo llegaba á desempeñar los primeros puestos de la milicia; pero mi tía Valeriana dice que no sueñe tonterías, que los militares están seis ú ocho años de tenientes, pasan doce ó catorce de capitanes y necesitan más de treinta años de servicios para llegar á ser coroneles.

Los marinos me entusiasman; su traje es severo al par que elegante; la vida de á bordo debe ser encantadora, y me figuro qué feliz sería cruzando el mar en un buque mandado por mi maridito, paseando los dos sobre cubierta, sin más testigos de nuestro amor que el cielo transparente y las inmensas olas que mecerían el barco, arrullándole con su murmullo inquieto y soñador. Pero, ¿en qué estoy pensando? Si aunque dicen que la mujer debe seguir al marido, las que se casan con marinos pasan años enteros separadas de ellos, y yo creo que esta situación no podrá resistirse, por lo menos durante los primeros meses de casados.

A mamá no le han gustado ninguno de los pretendientes que he tenido; dice que

son hombres sin porvenir; que no tienen carrera; que las necesidades de la vida son cada vez mayores; que el matrimonio es una carga muy pesada y no sé cuantas cosas más, capaces de quitarle las ganas de casarse á cualquiera que no tuviese vocación decidida para ello.

He leído un libro que publicó un fraile hace muchos años, que se titula *La perfecta casada,* y me figuro que si aquel docto varón no hubiera sido partidario de las bodas, hubiera tratado acerca de la perfecta soltera, y no sé que escribiera sobre esto ninguna obra. Además, he oído decir que la carrera de la mujer es casarse, y no quiero quedarme sin carrera.

Si el matrimonio fuese tan malo, mamá no se habría casado, ni papá tampoco; mamá ya sabía cuando unió con él su suerte, que pasarían muchos años sin que lograra ascensos en su reducido sueldo, y que á medida que transcurriese el tiempo, las necesidades aumentarían, los gastos serían cada vez mayores; en fin, todas esas cosas que ahora me cuenta cuando la hablo de mis pretendientes, y sin em-

bargo se casó, y eso que mi abuela la haría también todos esos cargos; porque debe ser costumbre que las madres hablen á sus hijas de todo eso cuando tratan de contraer matrimonio.

Todavía me acuerdo lo incomodada que se puso el día que la dije que Pérez me quería con toda su alma y me había prometido que me llevaría al altar, que luego me llevaría á Fornos y que después nos iríamos lejos, muy lejos, á pasar esa temporada que todos llaman luna de miel. Creí que la daba un síncope; me contestó encolerizada que era un joven calavera, que no tenía pies ni cabeza, que á quién se le ocurría pretender casarse sin tener un destino fijo; la repliqué para aplacarla que Pérez era corredor de Bolsa; pero sin hacer caso de razones, me prometió que de su cuenta quedaba el despacharle, y no se qué le diría, pues lo cierto es que no he vuelto á verle ni en retrato.

Me hizo después el amor un joven elegante, que se presentaba siempre vestido á la última moda; á mis amigas les gustaba lo indecible, á mí me entusiasmaba

verle; pero un día mi madre me dijo muy enfadada que era preciso que concluyesen nuestras relaciones; que aquel caballerito que tanto llamaba la atención de cuantos le veían, era un sujeto sin oficio ni beneficio, que vestía tan bien porque tenía un amigo dueño de un bazar de ropas hechas, que le dejaba los trajes para que hiciera propaganda de su comercio.

Estuve algún tiempo sin hacer caso á ninguno de los que me asediaban constantemente con sus pretensiones; si los veía que iban bien vestidos, creía que eran otros tantos anuncios vivientes de sastrerías de las más acreditadas; si sus trajes eran de corte cuya moda había ya pasado ó estaban deslucidos por el uso, me figuraba que consistía en que no habían hallado medio de ponerse en relación con algún sastre que los facilitase ropa para que la exhibiesen como reclamo de su casa.

Fuí un día á la boda de una amiga mía, que se casó con un fabricante establecido en la Corte; al acto asistieron muchos comerciantes é industriales amigos

del novio; uno de ellos no se apartó un momento de mi lado desde que nos vimos al salir de la iglesia; aunque no nos conocíamos, no tardamos en entablar animada conversación; empezó por decirme aquella frase tan sabida, de que de una boda salen ciento, que sería muy feliz el hombre que lograra que yo le correspondiera. Como es de costumbre en estos casos, me ruboricé al escucharle; le dí las gracias por aquel elogio inmerecido, y transcurrió el resto del día mostrándose cada vez más enamorado. Cuando nos separamos, prometió que no tardaría en volver á verme, pero pasó una semana sin que tuviera noticias suyas; después... por una amiga cariñosa supe que estaba casado en segundas nupcias.

Me han gustado siempre los abogados, los periodistas, los políticos, los hombres de negocios que comprometen el capital de los demás en empresas arriesgadas, y parece que mi mala suerte dispone que sólo se enamoren de mí sujetos que mi mamá califica despreciativamente de vulgares medianías.

El dependiente que tiene D. Policarpo en su comercio de comestibles que hay en la puerta de enfrente, me envió la otra tarde una carta, que no me pareció que estaba mal escrita, porque el chico es redactor de *El Pimentón Molido,* periódico que defiende en la prensa los intereses del gremio; pero se la dejé leer á mi primo Juan, que está de escribiente en una revista de esas que salen cuando llueve, y me dijo que la carta daba á entender por su forma que su autor desconocía el Arte Poética, y que si eran como él todos los redactores de *El Pimentón Molido,* el tal periódico tenía poca sal.

Por más que he leído y releído la carta, no comprendo por qué diría esto Juanito; voy á leerla otra vez, aquí está: (Saca la carta y la lee.)

SEÑORITA:

Desde que la ví, bien mío,
yo no sé lo que me pasa:
si voy á un duelo, me río,
y lloro si alguien se casa;
tengo el juicio trastornado
y hasta perderé el sentido,

si no obtengo el sí anhelado
que tan humilde la pido.
Es tan grande la pasión
que siento, que pierdo el seso;
ayer despaché jabón
en vez de despachar queso;
y después muy ofendida
me dijo una parroquiana,
que la dí paja molida
en vez de sopa italiana.
Si no acepta usted mi amor,
que es ferviente y verdadero,
aquí, tras el mostrador,
de pesadumbre me muero;
que es de usted mi alma y mi vida
se lo juro, por Dios santo;
sepa que jamás la olvida
su fiel servidor

CRISANTO.

Es cierto que no entiendo lo que es Arte Poética, pero me parece que bien claro dice que me ama, y sin embargo, no sé qué contestarle; me es simpático porque es periodista; su carta prueba que es poeta; pero si llegase á quererle y nos casáramos, es de tan poco tono ser la señora de un dependiente del comercio de comestibles de D. Policarpo, que de seguro,

las amigas se burlarían de mí; dirían que había venido á menos, y qué se yo cuántas cosas más.

En cambio á mi mamá no le disgusta Crisanto, le parece un joven recomendable; dice que tiene excelentes costumbres y que es un comerciante honrado, y de seguro que opina así porque desde que me escribió la carta la da el peso corrido en todos los géneros que compra en la tienda de su principal, y el otro día la dió bacalao de Escocia y se lo cobró como truchuela. Él si que está buen trucha; cree que por la peana se adora al santo, y que teniendo contenta á mamá á mí no tardará en verme enamorada, pero se equivoca soberanamente; antes me casaba con el moro Muza, que con un atolondrado joven que da á sus parroquianas paja molida en vez de sopa italiana, según confiesa en su carta.

No sabiendo qué partido tomar, en vista de que los que me gustan no son del agrado de mi madre, y que los que á ella le parecen bien no logran siquiera llamarme la atención, consulté el caso con mi

confesor, un santo varón muy conocedor del mundo, que después de muchas reflexiones, me dijo con aire sentencioso que me convenía para marido un hombre de mi edad, poco más ó menos, temeroso de Dios, que tuviera medios suficientes para sostener las cargas del matrimonio y cuya laboriosidad y economía garantizasen las contingencias de lo porvenir.

Ya hacía tiempo que pensaba yo lo mismo; pero ni buscado con los rayos X se encuentra quien, además de esas recomendables circunstancias, reuna la especialísima de querer casarse conmigo; porque los hombres son más previsores que las mujeres, y los que cuentan con medios suficientes de subsistencia, no se contentan con hacer un matrimonio solo por amor, y pretenden á las que por su posición pueden contribuir á que ocupen un puesto importante en la sociedad, y las que no tienen más dotes que las personales, se han de resignar forzosamente á unir su suerte con hombres sin aspiraciones que se contenten con que no les falten los garbanzos al mediodía y el guisado por la

noche, con lo que se consideraban felices los matrimonios en la época en que no se conocían los refinamientos de la cocina francesa.

Muchas veces me he reído de las que la gente llama solteronas, de las que vulgarmente se dice que se quedan para vestir imágenes, y aunque no tengo vocación de modista de esa clase, no ha dejado de preocuparme la idea de si algún día figuraré en ese número, y cuando estoy sola me pregunto: ¿Querrá Dios que no encuentre en mi camino el hombre que según mi confesor reuna las condiciones de un marido modelo, ó habrá pasado junto á mí sin fijarse en que no dejaría de ser una esposa ejemplar? ¿Seré incasable?



Precio de este Monólogo, 50 céntimos